

globo las operaciones de este tribunal temible, ¿no debería tambien deducirse de aquí que le debe la España no haberse visto despedazada por las guerras civiles, y permanecer tranquila mientras que estaba ardiendo todo el resto de la Europa? Tamaña ventaja pudo ser comprada con sacrificios, mas ella debe tener algun precio á los ojos de la humanidad.

Cuando se habla de la inquisicion, uno se representa inmediatamente torturas, cadalsos, hogueras. La sola palabra de *auto de fe* hace estremecer las almas sensibles. Y sin embargo es muy cierto que la inquisicion moderna no tiene ya estas espantosas formas. Hoy dia es un tribunal de todo punto dependiente del gobierno, á cuya única influencia está obrando. Sacerdotes seculares ocupan sus destinos, y lejos de ser un objeto de terror para los inocentes, la inquisicion es mas bien un refugio para los culpables, quienes no escaparían por otra parte al rigor de las leyes ordinarias. Ya no están en uso las torturas, ni sus carceles tienen nada de horrible, siendo las penas á que condena, la carcel, ó galeras: sus *autos de fe* ya no son sentencias sanguinarias. Tal estado de cosas es muy notorio en España y los detalles que se hallan en contra en los autores, ó son el resultado de antiguas tradiciones, que no son menos verdaderas hoy dia, ó cuentos trasmitidos por viajeros sin ninguna autoridad, que han copiado las declamaciones de sus antepasados. Los viajeros

imparciales; aquellos que tienen realmente conocimiento de lo que acaece en España, saben sobradamente bien que la inquisicion no asusta ya sino por su nombre. Todo su oficio se limita á prohibir una vez al año ciertos libros, que cada cual halla si quiere los medios de conservar en su casa, teniendo la precaucion de ponerles una carta que manifieste la intencion de remitirlos á la inquisicion. Con esta formalidad los libros pueden permanecer largos años en las bibliotecas. La inquisicion de España se ocupa mas en prevenir los delitos por su vigilancia que en reprimirlos con rigores, y los suplicios con los cuales se la supone armada ya no existen sino en la historia. Tal es sin embargo la fuerza del hábito que muchos continuarán gritando contra la inquisicion, como un tribunal de sangre, aunque todo tienda á probar que sus procedimientos no tienen nada de rigurosos.

Otro error no menos grande es creer que la inquisicion ha impedido el progreso de las ciencias y las letras en España. Bastará una sola observacion para desvanecer este error. Durante el siglo XVI conservaba todavía este tribunal toda su preponderancia y autoridad, todavía no dependía de los secretos resortes del gobierno, y sin embargo en este mismo siglo la España cuenta un gran número de hombres célebres por sus escritos. Es el que puede llamarse el siglo de oro de este pais. No solamente se echaron de ver en él teólo-

gos, sino sabios apreciables en todos géneros, poetas, literatos, escritores, cuyas obras son todavía buscadas y leídas con gusto en la actualidad. Si nuestro plan nos lo permitiese, pudiéramos presentar aquí una lista de autores conocidos ó muy dignos de serlo. Si la España, pues, ha dado tantos hombres sabios mientras que la inquisición ejercía su poder, es sin duda porque este tribunal en nada se oponía al desarrollo de los talentos, y si después fué menos satisfactorio el estado de las letras en este país es de advertir también que la misma inquisición perdió á la par su influencia, de suerte que la decadencia de este tribunal coincidió con la de las letras. Si tratásemos de señalar las causas de esta última decadencia nos parece que las atribuiríamos con más razón á la falsa política de un gobierno indolente é ignorante.

El clero español reclama contra el falso concepto que se han formado de él los extranjeros, por lo que toca al espíritu que los anima. Celoso por la fé, detesta todo lo que tiene visos de violencia y crueldad. Los obispos son generalmente modelos para su grey. Tómanse de entre los eclesiásticos más virtuosos é instruidos. Estas calidades son las que los conducen ordinariamente al obispado sin distinción de nacimiento. Créese comunmente que el clero regular y secular de España es el más rico de la cristiandad. Es muy cierto que las órdenes religiosas son muchas en España. Ciudades hay donde son numerosos los conventos. Mas es me-

nester advertir que apenas los hay en los campos. Según un padrón hecho en 1808, el cual puede muy bien servir, á poca diferencia para principios del siglo XVIII, había en España 1925 conventos de padres y 708 de Monjas, subiendo el total á 71,000 individuos. Los sacerdotes seculares ascendían al número de 60,000, gobernados por 52 arzobispos y obispos. La Francia tenía muchos más, proporcionalmente hablando. El clero de España era rico, es decir que la mayor parte de obispos y casi todos los conventos tenían crecidas rentas. Por lo demás había en verdad otros países, donde el clero era mucho más opulento. Los individuos, es cierto, eran más ricos en España; puesto que eran menos numerosos, pero en otras partes lo era más la masa.

Seguía la Iglesia de España sumergida en una paz profunda. Conservaba en ella el orden y la regularidad una serie de obispos virtuosos. El piadoso y sabio cardenal de Aguirre, acababa de morir. El cardenal de Salazar, antiguo general de la orden de la Merced, obispo de Salamanca y después de Córdoba, era un prelado lleno de piedad, consagrado á las buenas obras, gozando de general consideración. En 1701 no había más que dos cardenales españoles; el de Portocarrero, arzobispo de Toledo, y de Borgia, arzobispo de Burgos, simples eclesiásticos rivalizaban en celo con los prelados. No citaremos sino un reducido número, á saber: Don Martín de Ascargorta, arzobispo de Granada,

muerto en 1719, con la reputacion de santo; don Tomas Reluz, dominico, obispo de Oviedo, cuya vida se ha publicado, dando á admirar sus conocimientos y virtudes; don Juan de Montalvan, obispo de Cadiz, despues de Placencia, modelo tambien de virtudes episcopales, cuya vida se ha escrito á la par; don Pedro Ayala, obispo que fué de Avila, el padre Antonio Arbiol Diez, franciscano, teólogo casuista, autor de varios libros de teologia y piedad, el cual rehusó el obispado de Ciudad-Rodrigo. Juan de Ayala, de la orden de la Redencion de cautivos, escritor modesto y piadoso, predicador estimado, el cual dejó algunas obras de historia, crítica y teologia: don Juan de Ferreras, cura de Madrid, muy tenido en estima por sus conocimientos, talentos y demas calidades, el cual rehusó tambien el obispado de Zamora. José Casani, jesuita, autor de algunas vidas de santos, etc.

Entre el número de hombres doctos y piadosos que hacian honor al clero español debemos señalar muy especialmente á dos personajes de eminentísimo mérito, cuales fueron Luis Antonio de Belluga de Moncada, y Francisco de Posadas. El primero, oriundo de una familia antigua, fundó la congregacion de san Felipe de Neri en España, fué obispo de Cartagena, mostróse celosísimo por los intereses de Felipe V, pero infinitamente mas por los de los indigentes. Sus escritos, sus virtudes y su celo en sostener los derechos de la Iglesia, los

establecimientos de piedad y caridad que fundara en su diócesis, sus numerosos escritos acerca de la teología y materias eclesiásticas, le hicieron distinguir y respetar tanto en España como en Roma. Veremos como Clemente XI lo elevó al cardenato sin otra recomendacion que su gran mérito. El padre Posadas, si fué menos ilustre en cuanto á dignidades, no lo fué por lo que toca á la santidad de su vida. Habiendo profesado en un convento de Dominicos, se consagró enteramente á la piedad y al estudio, y adquirió reputacion de buen predicador. Abundantes fueron los frutos que recogió con el ejercicio de este ministerio. Jamas se le pudo hacer aceptar el obispado de Ciudad-Rodrigo. Consultábanlo de todas partes, el cardenal de Salazar y el señor de Belluga no practicaban nada sin su acuerdo. Murió en Córdoba en 1720, habiendo pasado su vida en los ejercicios de la penitencia, del celo y la caridad. Canonizóle la voz pública de su tiempo, y empezóse por disposicion de la santa Sede á tomar informes para su beatificacion. Ha dejado obras de piedad y su vida fué escrita por un religioso de su orden.

Solo un acontecimiento hizo ruido en España á principios de este siglo; tal fué el proceso del obispo de Oviedo: don José Fernandez de Toro, obispo de esta diócesis, fué acusado de heregia. Con este objeto empezó á tomar informes el grande Inquisidor de España; mas habiendo el prelado pedido que fuese juzgado en Roma, el rey se lo

consintió. Así pues se le substanció en Roma la causa y don Jose Fernandez de Toro fué convencido. Trasládaronle desde el castillo de San-Angel al palacio de Monte-Cavallo, donde le notificaron su sentencia el 27 de julio de 1719. Hizo su abjuración delante del Papa y de algunos cardenales y preladados. Acompañó este acto con tantas muestras de compuncion y arrepentimiento que, movido de sus lágrimas, Clemente XI dulcificó los errores de su penitencia, y en vez de la suspension de toda jurisdiccion y funcion episcopal, á que se le habia declarado, el Papa le permitió que celebrase la misa en el monasterio donde debia residir y le concedió ademas otros consuelos.

Quando principió el siglo XVIII acababa de acontecer en España un gran suceso. La rama de la casa de Austria, reinante en este pais, acababa de extinguirse. El último rey Carlos II, murió sin sucesion y en su testamento declaró por su sucesor á Felipe, duque de Anjou, nieto de Luis XIV y de Maria Teresa de Austria, infanta de España. Dicese que el Papa Inocencio III fué consultado acerca de este testamento y que corroboró las disposiciones que estaba meditando Carlos. El cardenal Portocarrero pareció haber contribuido tambien en este acto importante. El duque de Anjou habia sido educado bajo los auspicios de Fenelon, y si no manifestó las brillantes calidades del duque de Borgoña, su primogénito, hizo constantemente ver en él el amor de la verdad, un juicio recto, una

piedad sincera y costumbres muy puras y cristianas. A fines de 1700, salió de Versalles para ir á recoger la brillante herencia que le acababan de legar. Su abuelo, al separarse de él, le dirigió en una memoria concebida en 33 artículos consejos dignos de su prudencia y sabiduría. Citaremos algunos, llenos en su misma sencillez de buen sentido y de razon. « *No falteis jamas á ninguno de vuestros deberes, especialmente para con Dios. — Conservaos en la pureza de vuestra educacion. — Haced honrar á Dios en todas las comarcas donde ejerzais vuestro poder, procurad su gloria, y dad el ejemplo. Es uno de los mayores bienes que pueden hacer los monarcas. — Declaraos en toda ocasion en favor de la virtud y contra el vicio....* » Tales eran las instrucciones que diera á su nieto Luis XIV. Felipe fué al principio reconocido en España por su rey y luego por todas las Cortes. Con todo, un poderoso competidor se preparaba á disputarle el trono. La casa de Austria veia con pena un reino, considerado por ella como su patrimonio, pasar á una casa estrangera y rival. El emperador Leopoldo reivindicaba la España para el archiduque Carlos, su segundo hijo, y abrazaron su causa muchos Estados. De aquí provino esa guerra activa, de la cual fué teatro por muchos años la España. La mayoría de la nacion habia recibido con regocijo á Felipe V; mas el archiduque tenia muchos partidarios en las provincias, especialmente en Cataluña. Entrambos competidores tuvieron alter-

nativamente ventajas, y si el partido de Felipe V prevaleció, no fué sino despues de muy grandes esfuerzos.

Esta guerra, ademas de los males que acarrear suele tamaño azote de la humanidad, tuvo tambien funestísimos resultados para la Iglesia. Trayendo Carlos consigo tropas alemanas é inglesas, introdujo por la primera vez protestantes en un país donde hasta entonces no habian podido penetrar, y estos, educados de otra manera que los Españoles no respetaron siempre sus costumbres y hábitos. Ademas, esta contestacion produjo quejas entre la corte de Roma y cada uno de los competidores. Clemente XI habia reconocido al principio á Felipe V, y favorecido los intereses de este príncipe. El emperador Leopoldo y su sucesor, el emperador José, descontentos de lo que miraban como una injusta parcialidad, se vengaron sobre los Estados de la Iglesia, mandando tropas en ellos que cometieron esceso é impusieron contribuciones. Usurpóse al Papa la ciudad y el puerto de Commachio, y su nuncio fué enviado á Viena. El pontífice creyó que para el bien de sus súbditos debia hacer el sacrificio de sus propias inclinaciones. El 14 de octubre de 1709 reconoció al archiduque Carlos como rey de España, estipulando que no pretendia con esto decidir nada acerca de los derechos de cada rival. Este paso pacífico no tuvo todo el resultado que se habia prometido tan sabio y moderado pontífice. Ni obtuvo del

emperador la reparación de los agravios que se le habia hecho ni la restitution de Commachio. En cuanto á Felipe V, sus ministros se mostraron tambien quejosos de la conducta de Clemente XI; como si el pontífice hubiese tenido que hacer la guerra por los intereses de su amo. Mandaron á su nuncio en Madrid que saliese de la capital y á los Españoles que se hallasen en Roma dejarla inmediatamente. El Papa no opuso á este proceder, sino su moderacion, y manifestó á Felipe V que solo habia cedido á la necesidad. Mientras duró la guerra tuvo relaciones con las dos cortes y se esforzó en tratarlas con igualdad. Tenia dos nuncios, uno en Madrid, cerca de Felipe V; otro en Barcelona, cerca de Carlos III. Con el tiempo nombró un cardenal de cada partido. Don Manuel Arias, arzobispo de Sevilla y ministro de Estado de Felipe V, lo fué por este príncipe, y Benito Sala, benedictino, obispo de Barcelona, el cual habia abrazado con ardor el partido del archiduque, lo fué por Carlos. Muchas dificultades tuvo que atravesar en Roma este último nombramiento, pues advirtieron allá que habia mostrado en favor del archiduque un celo mas propio de un soldado que de un obispo. Parece tambien que muchos eclesiásticos y religiosos catalanes se dejaron llevar, durante esta guerra, de ciertos arranques bien ajenos del caracter sacerdotal. Ellos animaban á los patriotas y contribuyeron á sumergir la ciudad de Barcelona en un abismo de males. Habiéndose

apoderado Felipe V de esta ciudad despues de un prolongado sitio, desterró para siempre á cincuenta religiosos, los cuales se habian distinguido por su ardor y tenacidad, y este castigo puso término por fin á una guerra que sobrado tiempo duraba.

PORTUGAL.

El estado de la Iglesia en el Portugal, no presenta nada de notable. Gobernaba todavía este reino don Pedro, segundo de este nombre, el mismo que habia hecho la revolucion de 1667. Era un príncipe capaz, sobrio y político. Murió en 1706, dejando la corona á su hijo, don Juan V. No habia en este reino sino un cardenal, Luis de Souza, el cual era á la par arzobispo de Lisboa; y murió en 1702. La situacion de la religion de este pais era á poca diferencia la de la España. Las formas del gobierno eclesiástico se semejan mucho en entrambos paises. Por los últimos tiempos descolló en el Portugal un hombre eminente en santidad. Tal era Bartolomé de Quental, fundador de la congregacion del Oratorio y muerto en 1698. Recibió el título de Venerable, y el proceso para su canonizacion todavía se halla en Roma. Un jesuita, Pedro de Amaral, muerto en 1771, se hizo célebre en la universidad de Coimbra por sus talentos. Otro jesuita del mismo nombre, muerto en 1715, se diera á conocer por sus escritos.

SUIZA.

Grande fué la influencia que ejercieron en este pais los reformadores del siglo XVI, y el amor de la libertad se extendió en algunas de sus comarcas de tal manera que hasta se llegó á pensar con demasiada soltura en materias de religion. Un pueblo virtuoso, pero poco instruido, celoso de sus derechos, y facil á exaltarse, se hallaba dispuesto á recibir prevenciones funestas, y á mirar la autoridad de la Iglesia como un yugo que le era permitido sacudir. Aprovecháronse atinadamente los innovadores de tan favorable disposicion. Si su empresa les salió mal en una parte, en otra les salió bien, y desde entonces hallóse la Suiza dividida entre la religion antigua y la que acababa de introducirse. Siete cantones permanecieron adictos á la fe de la Iglesia romana. Tales fueron Uri, Underwald, Schwitz, Zug, Friburgo, Soleure y Lucerna. Dos cantones, Glaris y Appenzel, admitieron entrambas comuniones. Los otros cuatro proscribieron enteramente el catolicismo. Así es que no se puede viajar en Suiza sin encontrar á cada paso el tránsito de un culto al otro; aquí una ciudad protestante, allá una abadía católica. Lucerna es el mas poderoso de los cantones de esta religion. El nuncio del Papa cerca de los Cantones reside en esta ciudad. El canton de Friburgo es el que ha conser-

vado mayor número de establecimientos religiosos, conventos y fundaciones eclesiásticas. El obispo de Lausana se retiró en esta ciudad, cuando los de Berna le separaron de su silla. Propiamente hablando, este es el único obispo que reside en Suiza. El obispo de Bale, que fué tambien espulsado de su diócesis, hecha protestante, reside en un pais que mas pertenece al Imperio que á la Suiza. El dominio temporal que ha conservado allí es muy limitado; mas su jurisdiccion espiritual se estiende muchísimo, y abraza una parte de la Suiza, algunos distritos en Francia, y algunos otros en Alemania. Los demas obispos, cuyas diócesis se estienden por el territorio suizo son los de Constanza, Besançon, Ginebra, Coire y Sion. El obispado de Constanza tiene bajo su jurisdiccion la parte mas oriental de la Suiza. El de Coire se dilata principalmente hácia los *Grisones*, y el de Sion se encierra en el Valais. El obispo de Ginebra, despues de haber sido espulsado de esta ciudad fijó su residencia en Anneci, en la Saboya. En Suiza no hay metrópoli. Las abadías mas célebres son la de San-Gall, cuyo abate es príncipe soberano; la de Ensielden, romería famosa, la de Muri.

La frecuente mescolanza de estas dos religiones ha hecho tolerantes á los Suizos. Con todo, los católicos han permanecido muy adictos á las prácticas de su creencia. Situado este pais en medio de la Europa, y visitado por un gran número de viajeros, ha conservado, sin embargo, por largo tiem-

po sus hábitos sencillos y sus antiguas costumbres. En los cantones, donde ha prevalecido el protestantismo, resta todavía cierto número de católicos; mas no pueden ejercer públicamente su religion, y hasta se ven precisados á seguir secretamente su culto. Habiendo el residente de Venecia recibido en su capilla á algunos católicos, el pueblo, á cuya noticia llegó este caso, se exaltó de tal manera, que el residente se vió en la precision de despedir al sacerdote que vivia en su habitacion. La misma Ginebra, esa metrópoli del calvinismo, ha conservado tambien algunos católicos, cuyo número se ha acrecentado con el tiempo. El último obispo de esta ciudad, d'Aranthon de Alex, no habia mucho tiempo que habia fenecido con grande reputacion de piedad. Esta silla, honrada con una serie de prelados distinguidos por su celo y caridad, y especialmente por san Francisco de Sales, ha tenido muchos sucesores muy dignos de él.

Quando principió el siglo XVIII hallábase ya agitada la Suiza por una contienda, que fué sucesivamente mas acalorada, y que degeneró mas tarde en una guerra abierta. No podemos dispensarnos de tomar en cuenta esta guerra, puesto que fué su motivo ó su pretexto la diferencia de religion. Los abates de San-Gall, aliados de los Suizos, habian conservado una autoridad bastante dilatada en muchos paises comarcanos de su abadía. Eran príncipes, y entre otros súbditos contaban á los habitantes de Toggenburgo, pais largo, y situado